

Itinerario para la misión

IV. Llamada al desierto

«El Espíritu empujó a Jesús al desierto» (Mc 1,12).

1. El ejemplo de Jesús
2. El desierto, camino hacia Dios
3. ¿Qué es el desierto?
4. ¿Dónde está el desierto?
5. ¿Cómo se llega al desierto?
6. ¿Qué hay que hacer en el desierto?
7. ¿Cuáles son los frutos del desierto?
8. ¿Qué es el desierto interior?
9. ¿Cuál es mi desierto?
10. ¿Dónde se encuentra mi desierto?
11. ¿Qué purificación espera Dios de mí?
12. ¿Qué armas tengo para entrar en mi desierto?
13. Necesidad de discernimiento
14. Contemplación litánica sobre el desierto

1. El ejemplo de Jesús

Descubrir y vivir una vocación y una misión tan extraordinaria y delicada como ser contemplativo en medio del mundo es realmente una obra de arte. Es, por supuesto, obra de la gracia, que

la realiza; pero también del arte humano, que permite la acción de Dios. Una realidad tan singular no se puede entender a primera vista y con la cabeza, por eso, para comprenderla, tenemos que ir a su fuente y modelo, que es el mismo Cristo. Él no fue monje, pero tampoco se asimiló al mundo. Podemos decir que fue el verdadero y mejor contemplativo secular. Y para percibir el misterio de su vocación, nada mejor que contemplarle detenidamente en su experiencia purificadora en el desierto, con la que se prepara a iniciar su misión pública:

Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre. El tentador se le acercó y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes». Pero él le contestó: «Está escrito: “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”». Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa, lo puso en el alero del templo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: “Ha dado órdenes a sus ángeles acerca de ti y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras”». Jesús le dijo: «También está escrito: “No tentarás al Señor, tu Dios”». De nuevo el diablo lo llevó a un monte altísimo y le mostró los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: «Todo esto te daré, si te postras y me adoras». Entonces le dijo Jesús: «Vete, Satanás, porque está escrito: “Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto”». Entonces lo dejó el diablo, y he aquí que se acercaron los ángeles y lo servían (Mt 4,1-11).

El comienzo del ministerio público de Jesús pasa necesariamente por la prueba del desierto, lo que nos da idea de la importancia que tiene esta experiencia como el medio necesario para encontrar la identidad precisa de su misión y confirmar su decisión de llevarla a cabo con la amorosa fidelidad que dicha misión exige, que no es otra que la entrega abnegada de su vida.

En este proceso de descubrimiento, confirmación y ejecución de su misión, Jesús es el modelo perfecto de la actitud del cristiano, y especialmente del contemplativo, ante la vocación a la que Dios le llama y ante la misión que le encomienda. ¿Qué hacer cuando Dios me llama a algo? Pues, sencillamente, hacer lo que hace Jesús.

En este sentido, vamos a introducirnos en la contemplación de Jesús en el desierto, que nos muestra este lugar como el ámbito necesario de una prueba muy precisa que le permite descubrir a fondo su misión, alcanzar la libertad para llevarla a cabo y disponerse decididamente a entregarse a ella con todas sus fuerzas y asumiendo sus consecuencias.

Esto es muy importante para el contemplativo, tanto monástico como secular, porque la vocación contemplativa es una vocación al desierto. Y eso plantea un problema para quien vive en el mundo, porque si la vocación contemplativa monástica construye su desierto para poderla vivir, ¿qué pasa con la vocación contemplativa secular?; porque, o no puede pasar por el desierto porque es incompatible con la vida en el mundo o debe encontrar el desierto propio del contemplativo secular. La prueba de esa conexión entre el desierto y la vida contemplativa monástica es la existencia de la corriente, que surge ya en los primeros siglos de la Iglesia, de personas que abandonan el mundo para retirarse a la soledad del desierto como modo de abrazar la lucha interior y la dedicación plena a Dios a las que se sienten llamados.

Una parte de esa corriente empezará a tomar forma de comunidad en el siglo III con san Antonio, y se mantendrán hasta el día de hoy los dos modos distintos de desierto propios de la vida contemplativa oficial: los que se retiran al desierto en solitario (eremitas) y los que lo hacen en comunidad (cenobitas).

Así pues, la vida contemplativa institucional se organiza en torno al desierto. Y para conocer lo que significa el desierto tendremos que responder a una serie de cuestiones fundamentales que trataremos de ir iluminando a lo largo de estas páginas:

- ¿Qué es el desierto?
- ¿Dónde está el desierto?
- ¿Cómo se llega a él?
- ¿Qué hay que hacer en el desierto?
- ¿Cuáles son sus frutos?

Pero todo esto hemos de considerarlo desde la perspectiva de la vida contemplativa en medio del mundo; una vida que es, al menos en apariencia, opuesta al desierto. Por tanto, como muchos de esos aspectos del desierto, que vamos a considerar ahora, no se pueden aplicar a nuestra vida en el mundo, tenemos que profundizar en la experiencia del desierto intentando encontrar un modo de desierto compatible con la vida secular. ¿Podemos mantener ese vínculo entre el desierto y la vida contemplativa en un ámbito aparentemente opuesto al desierto como es el mundo? ¿Podemos encontrar un modo de vivir realmente en el desierto sin abandonar físicamente el mundo? Para responder a estas preguntas tendremos que plantearnos una serie de cuestiones que nos permitan descubrir y acotar el desierto como ámbito contemplativo en medio del mundo:

-¿Qué es el desierto interior?

-¿Cuál es mi desierto?

-¿Dónde se encuentra mi desierto?

-¿Qué tipo de purificación espera Dios de mí, en concreto, para que se haga el desierto en mi vida?

-¿Con qué armas cuento para entrar en la lucha propia de mi desierto?

Tendremos que responder necesariamente a esto si queremos encontrar la verdadera identidad vocacional del contemplativo en el mundo; y tendremos que hacerlo de manera concreta y realista, pero también personal, en la medida en que reconocemos como propia esta vocación a la vida contemplativa. Hemos de reconocer que estamos llamados al desierto y, si no lo encontramos y nos metemos en él, es muy difícil que podamos ser contemplativos.

Para empezar, nos fijaremos en el pasaje evangélico de las tentaciones de Jesús en el desierto, que es el marco en el que nos hemos situado, y es, además, un episodio muy importante para conocer las claves de quién es Cristo y de su misión. Y lo primero que observamos es que Jesús no se adentra en el desierto por gusto ni por casualidad, sino por necesidad. Es el mismo Espíritu Santo el que lo lleva (lo «empuja» según Mc 1,12) al desierto, con

una finalidad clara: «para ser tentado»... La importancia y la necesidad del desierto y de la prueba es algo que se sale de la lógica humana. No podemos entenderlo humanamente, pero tenemos que ir descubriendo que la prueba y la tentación forman parte necesaria del camino evangélico; y el primero que recorre consciente y libremente este camino es Jesús. Por eso necesitamos la luz y la fuerza del Espíritu para aceptar el desierto y entrar en él. Recordemos que también san Antonio y los primeros monjes, movidos por ese impulso, van al desierto, lugar de los demonios, para luchar con ellos.

Resulta significativo que Jesús no sólo pasa por el desierto al comienzo de su vida pública para afirmar su misión y su identidad ante las tentaciones del enemigo, sino que frecuentemente vuelve al desierto durante su vida pública. De hecho, se retira a él para apartarse de la multitud, que acaba siguiéndole al desierto para pedirle ayuda. También se aparta del mundo porque necesita el desierto para afirmar y alimentar su misión; y lo aprovecha para descansar e instruir a los discípulos:

Al enterarse Jesús [de la muerte del Bautista] se marchó de allí en barca, a solas, a un lugar desierto. Cuando la gente lo supo, lo siguió por tierra desde los poblados (Mt 14,13).

Se levantó de madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se marchó a un lugar solitario y allí se puso a orar (Mc 1,35).

Pero cuando se fue, empezó a pregonar bien alto y a divulgar el hecho, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en lugares solitarios; y aun así acudían a él de todas partes (Mc 1,45).

Los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Él les dijo: «Venid vosotros a solas a un lugar desierto a descansar un poco». Porque eran tantos los que iban y venían, que no encontraban tiempo ni para comer. Se fueron en barca a solas a un lugar desierto. Muchos los vieron marcharse y los reconocieron; entonces de todas las aldeas fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelantaron. Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a enseñarles muchas cosas (Mc 6,30-34).

Al hacerse de día, salió y se fue a un lugar desierto. La gente lo andaba buscando y, llegando donde estaba, intentaban retenerlo para que no se separara de ellos (Lc 4,42).

Por tanto, podemos afirmar que el Espíritu empuja al desierto porque es el medio necesario para la purificación que lleva al encuentro verdadero con Dios, al descubrimiento de la propia identidad, vocación y misión; es decir, que Dios nos espera en el desierto... Y, si eso es verdad, podemos tener la seguridad de que el mismo Dios dispondrá en nuestro camino el desierto que necesitamos. El eremita y el cenobita tienen su desierto, que es lo que Dios dispone para ellos: los llama a ese desierto y se lo da. Resulta fascinante buscar, no el desierto en general, sino saber que, si Dios me llama a una vocación y a una misión que pasa por el desierto, él me da ese desierto peculiar que necesito. No tenemos que inventarlo, tenemos que descubrirlo. Para lo cual hemos de estar atentos para buscar ese desierto y saberlo reconocer cuando aparezca, en vez de huir de él, que es a lo que tendemos.

2. El desierto, camino hacia Dios

Desde el comienzo de la revelación, en los albores del Antiguo Testamento, aparece ya el desierto como parte esencial del itinerario hacia Dios y su salvación. Eso lo vemos ya en el llamamiento de Dios a Abrahán, por el que Dios pone en marcha la construcción de su pueblo, llamando al que será el padre de ese pueblo a que salga de su tierra y marche al desierto.

Dios llama a Abrahán a una vida nómada por el desierto; y él obedece la llamada a salir de su casa sin saber a dónde iba (cf. Gn 12,4; cf. Heb 11,8), atraviesa las tierras áridas de Mesopotamia a Canaán, desde Canaán a Egipto, y frecuenta las tierras desérticas del Negueb. Se tiene que acostumbrar a la inseguridad del desierto, en busca de una tierra que se le muestra, pero que no posee.

Moisés, tras escaparse del faraón, pasa muchos años en las tierras áridas de Madián, cuidando los rebaños de su suegro en la soledad del desierto. Es en el monte Horeb, que por algo significa

«árido y solitario», en el desierto del Sinaí, donde se encuentra con Dios en la zarza que arde sin consumirse (Ex 3).

Especialmente importante es la experiencia del éxodo, en el que el pueblo de Dios pasa de la esclavitud de Egipto a la tierra prometida por el largo y azaroso camino a través del desierto. Es un acontecimiento rico en significado:

- Dios elige el camino más largo para guiar a su pueblo, yendo por delante, sin apartarse de ellos (Ex 13,21). En el desierto Dios cuida de su pueblo: lo alimenta con el maná, lo guía con su luz, lo cura de las picaduras de serpiente, les da a beber agua...
- Pero también el desierto es el lugar en el que el pueblo tienta a Dios, se rebela contra él, falla en su confianza, quiere volver a Egipto. Allí es donde se fabrica un dios a su gusto. Y, cuando está a punto de entrar en la tierra prometida, desconfía de Dios y necesita ser purificado durante cuarenta años para poder entrar en ella (Nm 14).
- Y, a la vez, el desierto es el lugar privilegiado del encuentro con Dios en el monte Sinaí, donde Moisés recibe los mandatos de la ley, donde se adora a Dios y donde se establece la alianza con Dios. En el desierto, Dios muestra su gloria. Realmente es en el desierto donde se forma el pueblo de Dios. El Deuteronomio -que la Biblia Hebrea llama «en el desierto»- muestra el desierto como el lugar en el que Dios habla con su pueblo a través de Moisés.

El desierto del éxodo es a la vez época privilegiada y lugar de la apostasía; dura prueba y experiencia singularísima del amor y la fidelidad de Dios; lugar de la tentación, y ocasión para dejarse guiar por él; ocasión de caída y manifestación de la gloria de Dios; decisión entre la vuelta a Egipto y la conquista difícil de la tierra prometida. El desierto revela el corazón del hombre. Dios necesita el desierto para crear y purificar a su pueblo. El desierto se convierte en el lugar del encuentro con Dios, de la unión sponsal con su pueblo en la Alianza, además de ser el lugar de la lucha y de la

purificación. En el fondo, es lo mismo que sucede en la vida de cada uno de nosotros.

Y, en la misma línea, podemos seguir: el mismo David viene del desierto, porque es pastor en las tierras semidesérticas del sur de Palestina; para Elías el desierto es refugio, no sólo aridez y sequedad, sino lugar donde Dios alimenta y da fuerzas, donde Dios habla en el silencio. Los líderes del pueblo de Dios han conocido bien la experiencia del desierto y se han curtido en ella.

El desierto no es la meta del pueblo, pero cuando entran en la tierra prometida empiezan a adorar a los ídolos y a romper la alianza. Entonces el desierto aparece como el lugar al que hay que volver para encontrarse con Dios. Es el lugar de la conversión, la prueba que permite reconocer que se necesita a Dios, el lugar del culto verdadero, donde se experimenta de nuevo la solicitud paternal de Dios.

Convertir a Israel en un desierto es el castigo que el pueblo merece por su infidelidad (Is 13,9). Porque, cuando los castigos no son suficientes para hacer volver a su pueblo, Dios decide llevarlo al desierto y renovar el desposorio de la alianza:

Le pediré cuentas de los días en que quemaba incienso a los ídolos. Ataviada con su anillo y su collar, corría detrás de sus amantes, y a mí, me olvidaba -oráculo del Señor-. Por eso, yo la persuado, la llevo al desierto, le hablo al corazón [...]. Allí responderá como en los días de su juventud, como el día de su salida de Egipto. Aquel día -oráculo del Señor- me llamarás «esposo mío» y ya no me llamarás “mi amo”. Apartaré de su boca los nombres de los baales, y no serán ya recordados por su nombre [...]. Quebraré arco y espada y eliminaré la guerra del país, y haré que duerman seguros. Me desposaré contigo para siempre, me desposaré contigo en justicia y en derecho, en misericordia y en ternura, me desposaré contigo en fidelidad y conocerás al Señor (Os 2,15-22).

Ya podemos intuir en la contemplación de estas figuras del Antiguo Testamento que Dios se comunica en el desierto. Ése es el ámbito y el modo en que Dios habla. Hay cosas, las más profundas, las más importantes y, sobre todo, las más íntimas, que Dios comunica sólo en el desierto, como hemos descubierto en el texto

de Oseas; porque solamente el desierto garantiza los medios necesarios para liberarnos de condicionantes y ataduras y poder escuchar a fondo y orientar decididamente nuestra vida. No podemos escuchar a Dios cuando estamos llenos de condicionantes, esclavitudes, miedos, prisas, tareas o presiones de cualquier tipo. Y no porque Dios no nos hable, sino porque no podemos escuchar lo que él quiere que hagamos si tenemos que hacer previamente todo aquello que nos imponen las prisas del mundo, las presiones de los demás, o nuestros propios intereses.

No puedo escuchar a Dios si no tengo la disposición necesaria para poder acoger su comunicación, en la que se encuentra la identidad del mismo Dios, mi propia identidad y su voluntad sobre mí; y en la que se encuentra también mi vocación y mi misión. Por eso Dios lleva a su pueblo al desierto: para que pueda escuchar, para que pueda entender, para prepararlo al desposorio con él. Podríamos decir que el desierto es el noviazgo al que Dios invita para preparar la unión con él, que es el desposorio. Y a partir de ese encuentro sponsal puede lanzar a su pueblo a una misión universal; al igual que el Espíritu también llevó a Jesús al desierto para confirmarlo en su misión a través de la prueba.

Se trata de una lucha contra el mal, tanto el que hay en el mundo como el que anida en el interior del mismo hombre; pero también es una lucha contra el mismo Dios, semejante a la que sostuvo Jacob con Dios en medio de la soledad y la noche (Gn 32,23ss). Sólo el que acepta ese combate puede conocer a Dios y ser transformado por él y, a la vez, puede conocerse a sí mismo y alcanzar la luz y la libertad necesarias para ser en la realidad lo que tiene que ser, lo que ya es en la mente de Dios. Así pues, la vocación y la misión no se pueden descubrir ni vivir sin pasar por el desierto.

Cuando Dios hace volver a su pueblo del exilio de Babilonia, le hace pasar por el desierto, para renovar la experiencia del éxodo. Ese nuevo paso por el desierto será también la ocasión para experimentar las maravillas de Dios:

El desierto y el yermo se regocijarán, se alegrará la estepa y florecerá, germinará y florecerá como flor de narciso, festejará con gozo y cantos

de júbilo. Le ha sido dada la gloria del Líbano, el esplendor del Carmelo y del Sarón. Contemplarán la gloria del Señor, la majestad de nuestro Dios. Fortaleced las manos débiles, afianzad las rodillas vacilantes; decid a los inquietos: «Sed fuertes, no temáis. ¡He aquí vuestro Dios! Llega el desquite, la retribución de Dios. Viene en persona y os salvará».

Entonces se despegarán los ojos de los ciegos, los oídos de los sordos se abrirán; entonces saltará el cojo como un ciervo y cantará la lengua del mudo, porque han brotado aguas en el desierto y corrientes en la estepa. El páramo se convertirá en estanque, el suelo sediento en manantial. En el lugar donde se echan los chacaes habrá hierbas, cañas y juncos.

Habrà un camino recto. Lo llamarán «Vía sacra». Los impuros no pasarán por él. Él mismo abre el camino para que no se extravíen los inexpertos. No hay por allí leones, ni se acercan las bestias feroces. Los liberados caminan por ella y por ella retornan los rescatados del Señor. Llegarán a Sión con cantos de júbilo: alegría sin límite en sus rostros. Los dominan el gozo y la alegría. Quedan atrás la pena y la aflicción (Is 35,1-10).

Dios rescata del exilio a su pueblo y lo lleva con gran poder al desierto para litigar con él y establecer un pacto de salvación nuevo y definitivo. Vemos, una vez más, que el desierto es el lugar en el que Dios espera al hombre para que éste se purifique, por medio de la prueba y la lucha, y pueda ser transformado por Dios en una realidad nueva.

Os sacaré de entre las naciones con mano fuerte, con brazo vigoroso y con ira desbordada, y os reuniré de entre los países por donde estabais dispersos. Os llevaré al desierto de las naciones y allí, cara a cara, entablaré un pleito con vosotros. Lo mismo que entablé un pleito con vuestros padres en el desierto de Egipto, así entablaré un nuevo pleito con vosotros -oráculo del Señor Dios-. Os haré pasar bajo el cayado, y os someteré al vínculo del pacto. Pero separaré de entre vosotros a los rebeldes que se sublevaran contra mí. Los sacaré del país donde habitan, pero no entrarán en la tierra de Israel. Y comprenderéis que yo soy el Señor (Ez 20,34-38).

Aquí podemos ver claramente que el desierto no es sólo el lugar por donde se pasa para llegar al encuentro con Dios, sino también por donde se pasa cuando hay que reestructurar la vida. El desierto es el ámbito en el que nos curtimos para ser lo que tenemos

que ser; pero también es el ámbito en el que reconstruimos nuestra identidad deteriorada y renovamos nuestra misión. Cuando ha habido pecado, infidelidad e idolatría, y descubrimos que así no podemos seguir, tenemos que ir al desierto para reconstruir nuestra vida en un eficaz proceso de conversión. Por eso es tan importante que encontremos la perspectiva concreta que identifique el desierto real para nosotros.

Ya en el Nuevo Testamento vemos que Juan, el Bautista, vive en el desierto (Lc 1,80), allí recibe la Palabra de Dios (Lc 3,2) y allí predica y bautiza (Mc 1,4). Es verdad que no invita a vivir en el desierto, pero prepara un pueblo bien dispuesto que reciba al Mesías, y los que quieren disponerse a ello tienen que retirarse al desierto como lugar de conversión y ser bautizados en el Jordán.

El mismo Jesús, como hemos visto, va al desierto a luchar contra el demonio y a derrotarlo, venciendo así las tentaciones que el pueblo de Dios no supo superar en el desierto. Donde Israel cayó en la idolatría, Jesús reconstruye el proceso del desierto en fidelidad, abriéndose a la entrega y al amor. Y allí, en el desierto, confirma su misión y el modo de realizarla.

San Pablo, después de encontrarse con Jesús camino de Damasco, no se pone en seguida a predicar, ni sale al encuentro de los apóstoles, sino que marcha a Arabia (Gal 1,17), a prepararse en la soledad para su propio ministerio.

Finalmente, el ejemplo de los santos nos demuestra que la experiencia del desierto tiene una gran importancia en la Iglesia y que quienes quieren vivir a fondo el Evangelio tienen que pasar por él de un modo u otro. Esto es evidente en los santos eremitas y monjes, pero también aparece, con más o menos claridad, en la mayoría del resto de los santos, que han pasado de una forma u otra por el desierto. Es el caso de san Francisco de Asís en el monte Alverna, o san Ignacio de Loyola en la cueva de Manresa... Y esa experiencia de desierto, que se inició con Abrahán, no se ha interrumpido nunca y continúa ahora en la Iglesia, no sólo en los

eremitas y monjes, sino en todos los que se toman en serio la vocación universal a la santidad.

3. ¿Qué es el desierto?

Empecemos por la primera pregunta que nos planteábamos, la que se refiere a lo que define el desierto. A partir de las referencias bíblicas que hemos señalado, y empezando por lo más externo, el desierto es un lugar apartado del mundo, en el que no hay nadie, donde carecemos de confort y los medios ordinarios para vivir se reducen al mínimo.

Desierto es el lugar inhóspito donde no nos podemos acomodar, que nos obliga a renunciar a buscar comodidades y facilidades como modo de «ser feliz» u obtener una buena «calidad de vida» como entiende el mundo.

Las carencias propias de este lugar están marcadas por el hambre y la sed, la incomodidad, la necesidad del trabajo duro para sobrevivir, el desarraigo de lo que consideramos nuestro mundo, la fragilidad e indefensión ante la naturaleza y un entorno hostil. Todo lo cual lleva necesariamente a perder las referencias seguras que dan estabilidad a nuestra vida, a no hacer pie y a desorientarnos en el camino.

La soledad, el frío, la ausencia de afectos y de compañía nos permiten poner cierta distancia de todo para ser libres de apegos. Sólo liberándonos de estos apegos podremos ser libres y capaces de amar. No olvidemos que una cosa es amar y otra estar apegado. Solemos confundir el amor con un apego que esclaviza, y que se parece más a una manipulación. Aceptando de buen grado las limitaciones, las decepciones, el vacío y todo eso que parece que es negativo porque nos rompe, nos desprendemos de las ataduras y podemos llegar a ser verdaderamente libres. Y cuando somos libres es cuando podemos empezar a amar.

El desierto nos coloca en la perspectiva de lo que afirma el profeta Jeremías: «Maldito quien confía en el hombre, y busca el apoyo de las criaturas, apartando su corazón del Señor [...]».

Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza» (Jr 17,5.7). Eso sólo se descubre de verdad cuando nos encontramos ante el fracaso y la decepción porque nos fallan las personas, las instituciones, los ideales, los objetivos... Entonces nos damos cuenta de que se ha roto algo que se podía romper y podemos apoyarnos en Dios porque descubrimos que ese apoyo nunca falla.

Como hemos visto, Dios habla en el desierto. Pero allí también aguarda el demonio. Esto hay que saberlo y contar con ello para evitar sorpresas y lamentos. El desierto es también el lugar de la lucha contra el demonio que allí nos espera y que utiliza el hambre, la sed y la inseguridad para alejarnos de Dios. Por esa razón, el desierto y la vida contemplativa exigen una gran valentía, que empieza por desterrar de nosotros el pensamiento mundano de que las cosas tienen que ser fáciles y cómodas. Hace unos años, cualquier persona «aceptaba» el sacrificio como algo normal, y se disponía a ello para abrazar el matrimonio, una carrera o la vida cristiana. Después, simplemente se «contaba» con el sacrificio como una posibilidad. Más tarde se pasó a «pensar» que existía el sacrificio, como idea. Y, en la actualidad, no sólo nos olvidamos del sacrificio, sino que creemos que hay que «evitarlo» a toda costa. Y esa mentalidad se introduce, no sólo en lo humano, sino también en la Iglesia y en la vida contemplativa.

La renuncia a la lucha y al sacrificio olvida que el valor supremo del ser humano es dar la vida, que es la mejor expresión del amor (cf. Jn 15,13). Y el que tiene claro ese valor se va a encontrar necesariamente solo. La Iglesia y el mundo necesitan héroes que estén dispuestos a arriesgarse, luchar y dar la vida, y que rechacen que nuestro principal objetivo tiene que ser preservar la vida a cualquier precio, vivir cómodamente y que nadie nos moleste. El desierto nos coloca, precisamente, en esa perspectiva y nos saca de las excusas que ponemos para ser santos: el ambiente, los demás, las dificultades... ¿Necesitamos la comodidad para ser santos? ¿Se puede ser santo por un camino de comodidad? Con esa actitud no podemos encontrar el desierto, ni pasar por él, ni hacer

nada. El desierto es lo contrario a la búsqueda de la comodidad: consiste en aceptar el valor de la lucha, el sufrimiento, el esfuerzo, el vencimiento..., y para eso se necesitan las dificultades; porque sin enemigo no hay combate, sin combate no hay victoria y sin victoria no hay premio, como decía san Agustín.

Por eso el desierto es el lugar de las tentaciones. La primera de ellas es la que nos llama a no entrar en el mismo desierto, o a salir de él si hemos entrado, y evitar la purificación que supone, invitándonos a buscarnos falsos ídolos que nos den impresión de seguridad y que podamos manipular para evitar la prueba. Basta con que nos planteemos responder a la llamada al desierto para que surja en nuestro interior una voz que dice: «¡No hay que exagerar...!, hay que hacerlo compatible con una vida normal». Lo cual nos está diciendo que la lucha comienza antes de que uno vaya al desierto. Y a partir de este comienzo seguirán apareciendo fuertes tentaciones según vayamos intentando identificar nuestro desierto concreto.

Para responder a esta tentación de eludir el desierto es necesario que aceptemos lo siguiente:

- La austeridad necesaria para que se pueda dar la experiencia del desierto a fondo.
- La soledad, la ausencia de testigos, que es imprescindible para la intimidad con Dios como nuestro confidente exclusivo.
- El silencio como único modo de escuchar a Dios de verdad.
- La pérdida de apoyos y afectos que nos obliga a poner sólo en Dios el corazón.
- La tentación, que nos obliga a luchar y nos enfrenta con la verdad (de Dios, de uno mismo, del mundo).

Lo que define verdaderamente al desierto no es el marco exterior, el lugar geográfico, sino lo que ese marco exterior hace posible. Podemos decir que el desierto es el lugar que hace posible la verdad y el realismo; y, por eso mismo, es el medio que nos obliga a situarnos en la verdad y en la realidad. Es el lugar que nos fuerza a reconocer lo que somos, nuestra impotencia y nuestras

limitaciones, el lugar donde descubrimos con claridad nuestra dependencia radical de Dios.

Esto no es algo natural, porque, de alguna manera, la vida, nuestras pasiones, el ambiente y el mundo nos están diciendo que podemos construir la realidad a nuestro gusto, que tenemos derecho a no tener problemas, a ser felices en el sentido de carecer de dificultades, conflictos o culpas; que vivir es huir de todo lo que nos haga sufrir; para lo cual tenemos que huir de la realidad y crear un mundo ideal y falso. Un mundo que durante cierto tiempo quizá alivie algo el sufrimiento, pero que, al sacarnos de la realidad, nos coloca fuera de la verdad y, por tanto, fuera de Dios y de su salvación. Soslayamos un poco el sufrimiento, pero al altísimo precio de fracasar esencialmente en nuestra vida.

Por eso Dios nos invita al desierto. Se trata de una auténtica «vocación» a la que Dios llama, para que vayamos al lugar en el que él puede hablarnos y donde podemos llevar a cabo la lucha que permite la purificación de la fe y del amor que hace posible escuchar a Dios y recibir de él la gracia transformante que nos cambia por dentro. Por eso, el desierto es una ocasión privilegiada de entrega y fidelidad, y el mejor camino para la conversión.

4. ¿Dónde está el desierto?

Una vez visto lo que es el desierto, consideremos unas pistas que nos orientan para saber dónde encontrarlo:

- El desierto está lejos, de modo que quien quiera alcanzarlo tiene que alejarse del mundo y de todo lo que éste ofrece de apoyos y seguridades.
- Está en tierra extraña, desconocida, que nos hace vivir como nómadas, sin poder asentarnos en la seguridad de un hogar estable; que nos obliga a tener mentalidad de explorador, adentrándonos en lo desconocido.
- Está fuera del ruido y del bullicio, porque es el lugar del silencio y de la paz. Hay que tener cuidado con la habilidad que tenemos para acoger, sin darnos cuenta, los ruidos del mundo: el

activismo, las urgencias, las prisas... Organizamos la vida en función del barullo del mundo, que buscamos para evitar lo que el desierto tiene de silencio.

- Está donde no hay prisas y preocupaciones humanas. Como todo eso lo llevamos puesto, hay que encontrar un lugar en el que las preocupaciones humanas se pongan en su sitio, es decir, que sean simplemente «ocupaciones» humanas. El desierto ordena lo esencial de los valores: Dios como la única preocupación, y todo lo demás como simples ocupaciones. El gran error que cometemos los cristianos es dar por descontado que la vida está llena de preocupaciones y tratamos a Dios como una simple ocupación: nos preocupa la salud, el trabajo, la familia..., y vamos a misa o rezamos como mera ocupación.
- Está en la soledad, donde no hay compañía ni afectos humanos, ni apoyaturas afectivas de las que dependemos con frecuencia.

Todo esto lo podemos encontrar en un lugar geográfico; pero, se trata de algo más profundo que un sitio. El lugar geográfico no constituye el desierto por sí mismo, sino que es el medio externo que lo hace posible al brindarnos las condiciones materiales necesarias para que surja la tentación, las dificultades exteriores e interiores, que nos obligan a luchar contra el mal, a descubrir lo que somos realmente, a tomar conciencia de que no podemos sobrevivir sin la ayuda de Dios; y, a la vez, nos permite encontrarnos con Dios cara a cara, en la oscuridad de la fe, sin artificios ni defensas.

El desierto es un lugar físico, pero por sí mismo no nos lleva a Dios. Hace falta una determinada actitud para que produzca sus frutos.

5. ¿Cómo se llega al desierto?

El primer paso hacia la conversión profunda que exige el verdadero seguimiento de Cristo tiene que empezar por abandonar ese mundo tan querido y aparentemente imprescindible para sobrevivir, y que, sin embargo, constituye el gran obstáculo para ser

santos. Y esto es algo que no se puede hacer sin una dramática lucha contra nosotros mismos. Por eso, el primer paso para ir al desierto consiste en aceptar que éste es el medio necesario para llevar a cabo ese combate esencial que define la autenticidad de nuestra vida y en el que se juega la salvación nuestra y de los que dependen de nosotros.

A partir de ahí hay que dejarse empujar por el Espíritu, buscando escuchar sólo la voz de Dios que habla al corazón, y aceptando en serio la llamada a una conversión que pasa por la purificación y la austeridad.

Hay que reconocer en lo profundo del corazón el hambre y la sed de Dios que él ha sembrado en nosotros; y, una vez reconocidos, debemos potenciar esas necesidades hasta que nos empapen completamente. Tengamos en cuenta que el hambre y la sed espirituales no las siembra Dios para que se satisfagan, como si la vida espiritual tuviera la finalidad de satisfacer el deseo de Dios. Realmente el hambre, la sed, el ansia de Dios, las siembra él para que aumenten. Porque, de hecho, no podemos darles satisfacción en este mundo. En la medida en que el hambre de Dios es verdadera, pide más y más, y cada vez hay menos forma de satisfacerla. Nuestro instinto nos lleva a tratar de saciar el hambre de Dios, pero, además de responder a ese anhelo, hemos de potenciarlo hasta que se haga uno con nosotros y nos consuma.

Y finalmente hemos de abandonar valientemente las seguridades a las que estamos apegados; pero sin la añoranza de quien pierde algo, sino con la ilusionada esperanza de quien se lanza a una fascinante conquista.

6. ¿Qué hay que hacer en el desierto?

El desierto por sí mismo no es eficaz sin un determinado trabajo por nuestra parte; de modo que, una vez llegamos a él, debemos dedicarnos a lo siguiente:

- Luchar*: Aceptar el combate, disponernos a él y llevarlo a cabo, aprovechando las dificultades y tentaciones que lo hacen posible. No podemos desconcertarnos porque encontremos en el desierto obstáculos y luchas.
- Resistir*: Mantener la lucha a pesar de la oscuridad, el cansancio o el desánimo que aparecen en la lucha misma. No basta con el esfuerzo inicial, porque el verdadero combate exige la fidelidad, que es el signo de que realmente queremos dejarnos purificar para poder ver a Dios.
- Esperar*: La fidelidad en el combate no es un acto de voluntad sino fruto y expresión de la esperanza de quien tiene la mirada en Dios y se dispone a acoger los dones que él promete.
- Buscar a Dios* y volver una y otra vez a buscarle para encontrar en él la propia identidad, la vocación y la misión para las que hemos sido creados. La vida espiritual tiene mucho de insistencia movida por un amor que se convierte en fidelidad, que, a su vez, es expresión del amor.
- Orar*: Todo lo anterior (luchar, resistir, esperar, buscar) conlleva, exige y permite la comunicación e intimidad con Dios porque manifiesta que queremos centrarnos en él, dedicarnos a él en cuerpo y alma. Se trata de estar con Cristo serenamente, sin prisas ni agobios. Jesús mismo nos invita a ir al desierto con él a descansar (cf. Mc 6,30-32). El desierto, con todo lo que tiene de dificultad, es, sobre todo, el lugar en el que nos apartamos del mundo para estar a solas con el Señor.
- Contemplar*: La oración propia del desierto es la contemplación silenciosa y prolongada de Dios, que debe desembocar en la adoración.
- Adorar* «en espíritu y verdad», como pide el Señor (cf. Jn 4,24), al Dios verdadero, que no es el que nosotros nos inventamos para encajarlo en nuestra vida, sino el que se hace presente en el silencio, en la oscuridad, en el fuego, en el viento..., sin necesidad de nada más.

-*Abandonarnos*: La adoración, si es verdadera, debe traducirse en la docilidad absoluta a Dios, poniéndonos en sus manos, dejándonos guiar por él, y sólo por él.

-*Morir*: A partir de la adoración ya se puede aceptar morir interiormente para resucitar a la vida nueva de la gracia, haciendo realidad en nuestra vida el dinamismo sacramental sembrado en el alma por el bautismo, que nos injerta en la muerte y resurrección de Cristo sacramentalmente (cf. Rm 6,3-4) para que podamos llevar su gracia sacramental a la vida ordinaria.

7. ¿Cuáles son los frutos del desierto?

El que lleva a cabo este proceso interior propio del desierto no podrá dejar de experimentar una profunda transformación de toda su vida, que es real y se manifiesta con multitud de frutos evangélicos para sí mismo y para los demás:

-*La paz* plena y estable que surge como fruto de la lucha interior. Paradójicamente la guerra que nosotros aceptamos en el desierto es la que nos da la paz de Dios.

-*La verdad* incontestable, que cimienta la vida y ordena todos sus elementos, y que no es la verdad que nosotros nos fabricamos y con la que intentamos vivir, sino la verdad de Dios que armoniza evangélicamente nuestra existencia.

-*La libertad* frente al mundo, a los demás y a uno mismo, que es fruto de la verdad.

-*La fe* que nos hace pasar de la idolatría a la adoración. Al igual que Israel necesitó el desierto para liberarse de la idolatría al becerro de oro, nosotros en el desierto aprendemos a desconfiar sanamente de todo lo que no es Dios y a entregarnos a él como nuestro único apoyo.

-*La luz* que nos ofrece una nueva visión de las cosas y nos permite ver la realidad «interior» en nosotros, en la historia y en el

mundo. Sin el desierto no podríamos ver la realidad con la visión nueva del Espíritu Santo.

- La identificación con Cristo*, que es el primero que lucha y vence en el desierto, afirmando su misión y sus valores, y nos llama a seguirle hasta que nos hagamos uno con él.
- La ayuda necesaria*, porque sólo el desierto nos puede enseñar que para sobrevivir no necesitamos tanto el agua, el alimento o la compañía, sino a Jesús, que es el agua viva, la luz, el camino, el maná, el estandarte salvador, la roca que nos salva...
- La centralidad de Dios*: cuando se quita todo lo que sobra, aparece lo único importante y el centro de la vida, que es Dios, y todo lo demás queda en segundo plano.
- La reconciliación con Dios*, con uno mismo, con los demás y con el mundo, como fruto de la purificación de nuestras pasiones y de la parte del mundo que habita en nosotros.
- La capacidad de acoger a Dios y darlo al hermano*: como le sucedió a Juan Bautista, el desierto nos descubre al Dios verdadero y nos impulsa a ofrecerlo a quienes lo buscan. Lo mismo les sucedía a los padres del desierto, que se apartaban del mundo y mucha gente iba a buscarlos allí para recibir su enseñanza y su ayuda.
- La fuerza para transformar el mundo según los valores y el proyecto de Dios*, como hicieron los profetas y los grandes santos después de superar la prueba del desierto, como vemos en san Francisco en el monte Alvernia o en san Ignacio, después en la cueva de Manresa.

8. ¿Qué es el desierto interior?

El desierto es el lugar geográfico que hace posible que se den los elementos propios del desierto interior. Y, como hemos visto, el desierto al que el Espíritu empuja al contemplativo para que supere la prueba de la fidelidad no tiene que ser necesariamente un mar material de arena y aridez, sino lo que eso genera en nosotros,

el conjunto de realidades interiores que hemos ido viendo que hacen posible la purificación evangélica.

Quien se adentra en ese lugar físico lo hace para enfrentarse a lo que supone ese sitio, que es el desierto interior; pero esa misma experiencia puede darse si encontramos una realidad «vital», concreta y no necesariamente material, que produzca el mismo efecto que tiene el lugar físico del desierto.

En verdad podemos encontrar en nosotros un conjunto de realidades muy nuestras, que forman parte inseparable de nosotros mismos, que nos llevan a un auténtico desierto, porque nos hacen experimentar lo mismo que se experimenta en el desierto físico: la soledad, el vacío, la oscuridad, la debilidad, la indefensión, el desconcierto, el vértigo de la fe, la agresividad de las propias pasiones, el hambre de afectos y apoyos, el sentimiento de fracaso... Eso lo encontramos fácilmente en nuestra propia realidad, en nuestra vida y en nuestra historia.

Existe un elemento de nuestra vida que sintoniza perfectamente con la realidad que llamamos desierto, y es la cruz. Ésta hace referencia inmediatamente a dos realidades esenciales de la vida espiritual: la fe y el amor. Así pues, el desierto interior es el ámbito en el que reconocemos y abrazamos la cruz como el camino concreto por el que Dios quiere que llevemos a cabo nuestra misión. Por eso tenemos que buscar nuestro desierto, no en un lugar lejano, sino en la situación del mundo en el que vivimos, en nuestra Iglesia concreta, en nuestra historia y psicología, en nuestra familia y nuestro entorno, en nuestro trabajo...

Podemos pensar que el desierto físico, el propio de los monjes o de los eremitas, es el ámbito que nos permitiría encontrarnos de verdad con Dios, ser santos e ir al cielo; y vemos nuestro trabajo, nuestra familia, nuestro ambiente como un obstáculo para nuestra vida cristiana. Pero ¿no nos olvidamos de la lucha interior que supone el desierto del monasterio para los monjes?, ¿no será ese conjunto de dificultades que sufro viviendo en el mundo lo que

constituye para mí la posibilidad de esa misma lucha?, ¿no será éste mi desierto?

El primer paso que hemos de dar en la búsqueda de la identidad de nuestro desierto interior consiste en reconocer que, a menudo, el mismo conjunto de realidades que percibimos dolorosamente como el obstáculo para vivir nuestra vocación y misión son, precisamente, los elementos que configuran nuestro propio desierto y los que nos permiten vivir nuestra verdadera vocación y misión; de modo que sin esas realidades no podemos enfrentarnos a la única lucha que decide la verdad de nuestra fidelidad a la voluntad de Dios.

Normalmente esas dificultades nos sirven de excusa para dejar de luchar por la santidad, cuando en realidad son las que necesitamos para ser santos. Por eso pensamos que en una situación distinta, sin esas dificultades, podríamos ser santos con facilidad. Eso significa que no reconocemos la necesidad del desierto, ni nuestro desierto concreto. Y lo que creemos que nos está impidiendo el avance espiritual es lo que realmente nos ayuda a ese avance, porque constituye el verdadero desierto.

Partiendo de esta realidad, hemos de tener en cuenta que el gran elemento constitutivo del desierto interior es el silencio en todas sus formas. Y el silencio se puede vivir en cualquier situación: el desgarrar de una pérdida, la enfermedad, las dificultades en la convivencia... Es esencial que hagamos silencio, pues sin él no es posible escuchar a Dios. No olvidemos que cuando Dios habla lo hace en el desierto, como le dice al profeta Oseas: «La llevo al desierto, le hablo al corazón» (Os 2,16). Para hablar a su esposa, Dios crea el desierto; y si quiere hablar conmigo, me lleva al desierto o tiene que crearlo, porque es allí donde se realiza el diálogo sponsal de Dios con el alma. De hecho, todas las manifestaciones de Dios se perciben en medio del silencio y silencian todo lo de alrededor; por esa razón necesitamos un ámbito que nos permita experimentar que cuando Dios interviene ya no se puede ver o escuchar nada más. No es posible oír a Dios entre el inmenso vocerío del mundo si no acalla cualquier voz que no sea la suya. Por eso,

cuando uno escucha o ve a Dios no hay nada más, porque el hablar de Dios silencia todo lo demás: ya no hay tiempo, presencias, acciones de nada ni de nadie..., sólo los de Dios, sólo Dios.

Y eso significa que tenemos que acallar todo lo que no es Dios, y no limitarnos a disfrutar del silencio que él regala cuando habla. Porque ese silencio no es un simple don añadido, sino que Dios nos está enseñando su metodología, y no hay que conformarse con disfrutarla, tenemos que aprenderla. Cuando él habla no existe nada más, y hay que crear ese silencio de las criaturas y de los problemas para que él pueda hablar, si quiere y cuando quiera. Él crea ese ámbito para mí y yo debo crearlo para él. Y he de crearlo con lo que tengo, no saliéndome de la realidad para soñar en un ambiente más aparentemente favorecedor.

Sin necesidad de retirarnos a un lugar determinado podemos reconocer en nosotros el bullicio de nuestras pasiones y la presión del mundo, lo que nos obliga, si buscamos a Dios, a aferrarnos a la presencia más profunda del Señor en el alma, que hace que enmudezca todo lo que no sea él. Por eso es importante la oración y la adoración: hemos de ir e instalarnos en ese sitio al que no llega el bullicio del mundo. De modo que podríamos decir que el mismo silencio «crea» el desierto, porque hace que salgan todas nuestras voces interiores disonantes (quejas, juicios, necesidades, etc.), obligándonos a luchar para acallarlas y poner todas las cosas en su sitio, que es el lugar que les corresponde en relación con Dios, de forma que todo sea expresión de la hegemonía absoluta de Dios en nuestra vida. Para ello hay que expulsar del centro de nuestra vida cualquier realidad que intente acapararlo, no solamente para que esté en su sitio y no moleste, sino para que así expresemos que Dios es lo único verdaderamente importante para nosotros y el eje indiscutible de nuestra existencia.

Y el silencio propio del desierto lleva, como hemos visto, a la adoración. De hecho, para entrar en la verdadera adoración necesitamos despojarnos de apoyos, afectos y seguridades, porque sólo así podemos presentarnos ante Dios como absolutamente pobres y, desde nuestra pobreza radical, expresarles en verdad que

él es el absoluto indiscutible en nuestra vida. Toda esa realidad, proveniente del mundo y de nuestras pasiones, que trata de esclavizarnos y alejarnos de Dios, se convierte providencialmente en el medio que necesitamos para reconocer nuestra pobreza radical y, desde ella, entrar en la adoración, recorriendo en nuestro interior el itinerario de Israel, al que Dios llevó al desierto para poder pedirle el acto de adoración en el que se basa la Alianza: «Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6 4-5).

9. ¿Cuál es mi desierto?

Hemos llegado al objetivo que nos proponíamos: descubrir la fisonomía del propio desierto, acogerlo como un tesoro y enamorarme de él porque es mi hogar.

Ya hemos dicho que sin desierto no hay vida contemplativa, pues ése es su «lugar» natural. La principal diferencia entre el desierto físico y el desierto espiritual estriba en que el primero crea por sí mismo el ámbito necesario para la purificación, mientras que el desierto espiritual hay que «crearlo» primero a partir de unas realidades que deben ser reconocidas y trabajadas de un modo determinado para que se conviertan en desierto.

Para ello es imprescindible identificar nuestro propio desierto, para reconocerlo en la práctica, contar con él, dejarnos empujar a él por el Espíritu Santo, aceptar adentrarnos en él y concentrar nuestras energías en el combate de la fidelidad que le es propio. Todo esto va a contrapelo de nuestras tendencias e inercias, por eso, en principio, no queremos reconocer el desierto, ni contar con él, nos resistimos, y acabamos huyendo de él.

El primero de los elementos a los que nos estamos refiriendo es la llamada de Dios, no sólo al desierto en general, sino a uno peculiar, que es el desierto espiritual; lo cual exige que identifique mi desierto como llamada de Dios, como mi vocación. Ahí tenemos una referencia concreta a la que poder acudir cuando vienen las

dudas o las dificultades, como la referencia que tienen otras vocaciones. En cualquier momento de desconcierto o dificultad podemos rescatar la verdad fundamental que nos define: «Esto es lo que soy, y Dios me ha llamado a estar aquí». Para ello hace falta una conciencia clara de la vocación contemplativa secular, que nos lleva a descubrir el vínculo que tiene con este modo de desierto, identificando muchas de las gracias recibidas como expresión de la invitación de Dios a este tipo de desierto. Cuando Dios elige a alguien para que vaya al desierto, éste debe adentrarse en él si quiere encontrarse con Dios. El fracaso de muchas vocaciones contemplativas seculares se explica porque no se responde a este llamamiento.

Es necesario tener en cuenta que la conciencia de la vocación es signo del valor que le damos a la misma. Y esa conciencia nos ayuda enormemente a discernir la identidad, la misión y las decisiones concretas que debemos tomar en la vida. Tener conciencia de que «soy» contemplativo en el mundo, de que eso es algo concreto, que es mi vida, hace que se aclare inmediatamente lo que encaja y lo que no encaja en lo que soy y en lo que debo hacer en cada momento. Por esa razón no se entiende la dificultad que tenemos para mantener con claridad esa referencia vocacional en la vida real, puesto que la gracia de la vocación comporta la capacidad de llevarla a cabo de manera natural. Así pues, se puede ordenar evangélicamente todo de manera inmediata, ya que esa gracia permite encajar todo en ese patrón vocacional que nos es conocido. Y ahí es donde tiene que llevarnos el desierto; para lo cual necesitamos descubrir el desierto concreto que nos permite encontrar nuestra vocación específica. Dios elige para el desierto de cara a una vocación, por lo que resulta fundamental que uno sepa si ha sido elegido o no, sin escudarse en ambigüedades ni dilaciones.

Esto se entiende mejor si tenemos en cuenta que el desierto espiritual surge en el lugar y momento en el que surge la cruz, de modo que la alergia que solemos tener a la cruz hace que rechacemos con ella el desierto y todo lo que él supone. Y, lo que es peor, que lo justifiquemos.

He de considerar y valorar como «elementos constructores del desierto» las situaciones de la vida que forman parte de la cruz y me llevan naturalmente a soledad, desconcierto, incertidumbre, desamparo, indefensión, pobreza, incomprensión, agresiones, fracaso, injusticias, falta de apoyo, de compañía, incluso de los más cercanos. No es suficiente con soportarlo estoicamente, sino que hemos de buscarlo como nuestro lugar interior.

De modo que todo lo que consideramos «negativo», como un obstáculo para la vida contemplativa, es justamente lo que crea en nosotros el desierto que nos ayuda a vivir nuestra vocación contemplativa. Se da, pues, la paradoja de que lo que creemos que nos impide ser contemplativos es lo que mejor nos permite serlo.

10. ¿Dónde se encuentra mi desierto?

Según lo que hemos afirmado, debo considerar los condicionantes desfavorables para ser capaz de identificarlos en mí y en mi vida y, a partir de ahí, reconocer y construir mi auténtico desierto. Veamos, pues, dónde se encuentra mi desierto interior:

- En mi psicología e historia concretas, sobre todo en lo que más me condiciona y hace sufrir.
- En las circunstancias más duras de mi vida, que no tienen solución o no puedo encajar.
- En mi vocación y misión específicas, especialmente en sus aspectos más difíciles de entender o aceptar.
- En todo lo que me introduce en la oscuridad, pobreza y desamparo que llevan a la fe verdadera.
- En los momentos y ámbitos habituales de tentación y de cruz.
- En la vida ordinaria y escondida, que se desarrolla en aparente fracaso y sin reconocimiento o resultados visibles.
- En las incomodidades o dificultades habituales y propias de esa misma vida ordinaria.

- En las tentaciones, sobre todo las que tienen un carácter más incomprensible o aparentemente insuperable.
- En la vida espiritual y la oración cuando están marcadas por la aridez y la oscuridad.

Ahí está el desierto. Pero no está en la angustia, en la tristeza o en la desesperanza. El desierto está en todas las realidades duras que se nos imponen y no son incompatibles con el Espíritu Santo. Así, la dificultad y el fracaso no son incompatibles con el Espíritu Santo, pero la tristeza y la desesperanza sí. Del mismo modo, el sufrimiento forma parte del desierto, pero la tristeza no. Por eso, estar asediado por dificultades se puede vivir con las actitudes propias del Espíritu Santo: amor, alegría, paz y esperanza.

Si reconozco en concreto todos los elementos de este tipo que hay en mi, en mi vida y en mi entorno tendré la configuración fundamental de mi desierto personal. Se trata sencillamente de identificar ese conjunto de realidades que constituyen mi cruz y saber que ahí me llama el Señor a una lucha y a un sufrimiento concreto, tomar conciencia de ello y lanzarme a abrazarlo. Tomar la decisión de ir a donde el Señor me llama, me ama y me espera: al desierto. Y cuando vienen las dificultades, ser consciente de la opción que he tomado de seguir a Cristo, ser santo, ser lo que soy, entrar en el desierto..., que viene a ser lo mismo. De manera que, cuando lleguen esas realidades dolorosas, bastaría con reconocer que forman parte del desierto al que me llama el Señor y adentrarme en él ratificando mi decisión: «Eso es el desierto, ¡adelante!», sin permitirme quejas, dudas, dilaciones o culpabilizaciones.

A partir de ese reconocimiento, realista y concreto, habrá que decidir entrar libremente en el desierto o rechazarlo. Y para animarnos a dar el paso deberíamos tener presente que todos los elementos que constituyen nuestro desierto espiritual están esencialmente vinculados a Jesucristo, porque han sido asumidos y santificados por él gracias al misterio de la encarnación del Verbo. De modo que, si queremos resumir la esencia del desierto interior, podíamos decir que «Jesús es nuestro desierto», porque él es

quien nos llama al desierto, el que nos espera en él y nos acompaña, en él superamos la prueba, en él adoramos en verdad, en él nos encontramos con Dios y, por la acción del Espíritu Santo, nos identificamos y configuramos con él.

11. ¿Qué purificación espera Dios de mí?

La ascesis fundamental que requiere el desierto es la disposición permanente a buscarlo en todo momento y circunstancia, sobre todo en los acontecimientos más desconcertantes y dolorosos, que son los que parecen amenazar nuestro avance espiritual. Y, a partir de esta disposición, negarnos a nosotros mismos en la aceptación decidida de la cruz como nuestro «desierto», como el lugar interior en el que consentimos en librar el combate decisivo de la fe.

La aceptación de las mortificaciones externas, tanto las que nos imponemos nosotros mismos (ayunos, sacrificios físicos, etc.), como las que nos impone la vida (dolores físicos, enfermedades, incomodidades, etc.), deben entenderse como un modo de abrazar la vida de desierto.

Con esta disposición podemos abrazar la ascesis concreta propia del desierto, que consiste principalmente en lo siguiente:

- Mantener fielmente el combate de la fe a pesar del cansancio, la oscuridad y las dificultades.
- Renunciar a buscar refugios humanos o compensaciones afectivas -buenos y legítimos- ante los sufrimientos de la vida y la cruz.
- Renunciar a defenderme de lo que siento como agresiones de la vida o de los demás.
- Silenciar quejas, lamentos, o comparaciones.
- Vivir en verdad, renunciando a mentiras, medias verdades o manipulaciones.
- Mostrarme como soy realmente, aceptar ser vulnerable.

-Mirar hacia delante, sin añoranzas...

-Seguir caminando hacia la meta por encima de cualquier obstáculo exterior o interior.

12. ¿Qué armas tengo para entrar en mi desierto?

Todo el trabajo que hemos de realizar se orienta a «hacer desierto»; para lo cual debemos emplear una serie de armas o instrumentos específicos, como son: la pobreza, el silencio, la fe, el amor y la esperanza.

Para empezar, hemos de servirnos de nuestra misma pobreza como la mejor herramienta para crear el desierto en nosotros. Todo lo que nos hace sufrir sirve para instalarnos en el anhelo esencial de Dios y en su adoración. Así, la misma pobreza que amenaza con derribarnos nos hace fuertes en el combate espiritual.

Eso exige que creemos el necesario clima interior de silencio, acallando la multitud de voces que intentan desorientarnos, tanto externas (opiniones, prisas, medios, etc.) como interiores (pasiones, necesidades, miedos, etc.).

El silencio constituye el caldo de cultivo necesario para realizar el ejercicio realista de la fe, porque solo él nos permite descubrir el sentido evangélico de la prueba. De hecho, hasta que no llegamos a la prueba no podemos saber ni demostrar que nuestra fe es auténtica; por eso necesitamos el desierto y su silencio para empezar a vivir en fe.

Y lo mismo cabe decir del amor a Dios. Si es verdadero, tiene que demostrarse, más allá de palabras e intenciones. Y sólo se demuestra con lucha y vencimiento, para lo cual se necesitan las dificultades propias del desierto unidas a la actitud interior, por la que las abrazamos y convertimos en expresión de verdadero amor.

Igualmente tiene que ser purificada la esperanza; y la prueba permite esta purificación, que lleva a la esperanza ardiente,

caracterizada por la confianza plena en Dios y el abandono absoluto en sus manos.

13. Necesidad de discernimiento

De lo dicho hasta aquí podemos inferir la importancia del desierto en el desarrollo de la vida de la gracia y la vida contemplativa en el mundo; pero esto no se realiza automáticamente, por mucho que valoremos el silencio o el mismo desierto. Debemos realizar un afinado discernimiento para descubrir la propia vocación al desierto, que, a su vez, pondrá de manifiesto la vocación contemplativa. Esto es muy importante para pasar del campo de las ideas al de la realidad, sobre todo cuando podemos descubrir en nosotros el desfase entre lo que creemos teóricamente y lo que vivimos realmente.

Este realismo nos lleva a la autenticidad de la vida contemplativa, que el desierto prueba y manifiesta. Como experiencia de cruz y pobreza, el desierto nos descubre la contradicción que supone que lo valoremos teóricamente mientras huimos de él en la práctica. Claro que esto no lo hacemos conscientemente; pero todos los modos que tenemos de rebajar o rechazar la cruz son otras tantas maneras de huir del desierto, que está en la cruz y, por añadidura, de traicionar la vida contemplativa secular.

Por eso deberíamos estar muy atentos a la primera y gran tentación que se nos ofrece en este campo, que consiste en no contar con el desierto en lo concreto de la vida; cuando lo que tenemos que hacer es buscarlo, reconocerlo y adentrarnos en él, como hizo Jesús cuando «fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado» (Mt 4,1). El fruto de esta tentación, en la que solemos caer frecuentemente, es considerar como problema todo lo que constituye nuestra cruz y nos lleva al desierto, como si fuera un obstáculo para nuestro progreso espiritual, por lo que nos dedicamos a eliminarlo y a huir de ello, haciendo así imposible nuestra vocación personal, nuestra misión y nuestra santidad.

14. Contemplación litánica sobre el desierto

Como instrumento para ayudarnos a orar sobre todo lo que vemos considerando puede servirnos una «contemplación litánica» sobre la realidad del desierto, tal como la vivió Jesús al comienzo de su ministerio y como camino al que él mismo nos invita para seguirle e identificarnos con él.

El desierto es:

- Fruto de una elección de Dios y no mía.
- La morada del demonio y el lugar de tentación y combate.
- Padecer sed y necesidad.
- Sufrir el calor y el frío extremos.
- Carecer de vivienda y seguridad.
- No disponer de refugios ni escapatorias.
- Estar privado de defensas.
- No tener a quién recurrir.
- Permanecer siempre a la intemperie.
- Ausencia de relaciones humanas.
- Silencio de las criaturas y del mismo Dios.
- Ser peregrino permanente, sin domicilio.
- Aprender a convivir con los enemigos exteriores e interiores que amenazan nuestra paz.
- Vivir en la habitual incomodidad de prescindir de todo lo posible.
- Caminar sin equipaje, sin seguridad del mañana.
- Desprenderme de todo, pronto, sin miramientos ni dilaciones.
- Aceptar perder hasta lo que más quiero.
- Acoger la pobreza extrema.
- Vivir en la mayor soledad.
- Olvidar la eficacia y las prisas.
- Carecer de plan de vida.
- Aceptar caminar sin mirar atrás.
- Caminar sin pistas ni apoyos.
- No tener en cuenta alegrías ni penas de la vida.

- La renuncia absoluta al amor propio en todas sus formas.
- Ausencia del mundo, quietud exterior y peregrinación interior.
- Perderme en el tiempo y en el espacio.
- Vivir en un horizonte ilimitado.
 - Encontrar el orden y la armonía de los valores naturales y sobrenaturales.
- Aceptar que la paz verdadera es una paz en lucha.
- La maduración dolorosa y eficaz.
- Abrazar la dura renuncia que exige el hacerse niño.
- Resistir fielmente al mal como puro acto de fe, esperanza y amor.
- Mantener la limpieza interior, fruto de la delicadeza de conciencia.
- La verdadera penitencia, que consiste en luchar contra la tentación.
- Lugar de la reconciliación con Dios, con el mundo y con uno mismo.
- Asumir la expiación por el pecado del mundo y el propio.
- Aprender a perdonar: a mí mismo y a los demás.
- Avanzar en el camino guiado por la sola fe.
- Aceptar vivir en la fe pura y desnuda.
- Renunciar a conocer el itinerario o sus etapas.
- Prescindir de todo para que mi única fortaleza sea Dios.
- Hablar al mundo desde la vida escondida.
- Vivir en la oscuridad como si la luz guiara mis pasos.
- Acompañar a Jesús en su desierto y en las horas amargas de Getsemaní y el Calvario.
- Cerrar todas las salidas para que Dios sea lo único.
- Proclamar a las criaturas que son nada ante el ser de Dios.
- Esperar todo de Dios.
- El lugar por excelencia para la contemplación.
- Creer en el amor de Dios cuando el cielo parece cerrado.
- Estar disponible y maleable a la gracia.
- Estar siempre libre para que Dios me mueva a su gusto.

- Aceptar que la luz de Dios sólo se regala al que se sumerge en la noche más oscura.
- Abandonarme completamente en Dios.
- Pregonar, sacrificando todo, que sólo Dios basta.
- No tener más futuro que la venida del Salvador.
- Tener siempre presente la gratuidad y eternidad de mi vocación.
- Abrirme a las llamadas del Amado hasta deshacerme en la cercanía de Dios.
- Aceptar mansamente que sólo Dios sabe el momento y el camino.
- Acoger la noche como el momento de la máxima cercanía de Dios.
- Alimentarme sólo de infinito.
- Saberme indigno de la más pequeña gracia de Dios.
- Tener el alma sedienta sólo de Dios.
- Vivir en permanente tensión de eternidad.
- Amar a Dios por sí mismo, por puro acto de adoración, sin pretender nada de él.
- Consumirme de ansias de alcanzar a Dios.
- Dejar siempre al Señor la iniciativa.
- Disponerme al enamoramiento apasionado de Jesucristo.
- Obedecer apasionadamente al Espíritu Santo.
- Renunciar a mirar nada que no sea Dios.
- El lugar que tiene por paisaje a Dios mismo visto a cara descubierta.
- Ser el testigo de Dios que se refleja en mí como en un espejo.